

La Eucaristía polifacética

Jesús dijo: "Les doy un mandamiento nuevo..." (Jn 13, 34). La mayoría de nosotros tiende a interpretar esta frase en su contexto bíblico como referida al amor mutuo, y está bien. Además, Jesús nos dejó (al menos) otros dos mandamientos sorprendentemente nuevos: "Hagan esto en memoria de mí" (Lc 22, 19b) y "... también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros". El contexto de estas dos últimas referencias es la Cena del Señor. En realidad, pues, el nuevo mandamiento cristiano es triple: amar, comer y beber, y servir. En la celebración y vivencia de la Eucaristía estos tres mandamientos nuevos se entrelazan profundamente y convergen en una sola realidad: ser el Cuerpo de Cristo, y actuar y vivir como Jesús.

Durante veinte siglos la comprensión y el enfoque de la celebración de la Eucaristía ha seguido cuatro paradigmas tradicionales: alianza, memorial, sacrificio y comida. En base a éstos podemos buscar algún otro paradigma que sirva para recoger más adecuadamente los desafíos del mundo contemporáneo y nuestras propias intuiciones relativas a la espiritualidad de la Preciosa Sangre.

La Eucaristía entendida como alianza lleva a representar la identidad cristiana como un Cuerpo que expresa vivencialmente el don de la generosidad de Dios. Como el don sin precedentes que Dios nos hace de Sí mismo para que, a su vez, nosotros podamos darnos a los demás.

Al comer y beber juntos compartimos el mismo alimento celestial, el refrigerio divino que nos da la vida, y todos nos transformamos más plenamente en la identidad divina del Cuerpo de Cristo. La Eucaristía como comida invita a una apertura y transparencia tales que todos reconozcamos nuestra identidad y destino comunes. Reunirnos en torno a la mesa del Señor es proclamar en un ambiente acogedor la victoria de Cristo sobre la muerte hasta que vuelva en su gloria.

Recordar es una actividad comunitaria que permite hacer presente el espíritu de una persona o el significado de un acontecimiento histórico pasado... Cuando los cristianos hacen esto "en memoria de mí", participan en el Misterio Pascual de Jesucristo; es decir, entran en el acontecimiento de la vida, muerte, resurrección, y ascensión/pentecostés de Jesús. La Eucaristía, por lo tanto, es nuestra entrada en esas realidades históricas no "volviendo al pasado" sino haciéndolas presentes. La Eucaristía hace presente el acontecimiento Jesús. La Eucaristía como memorial nos lleva necesariamente más allá de la acción ritual haciéndonos participar en la vida y el ministerio mismos de Jesús aquí y ahora.

La Eucaristía como sacrificio tiene un significado particular ya que Cristo es, a la vez, la víctima sacrificada y el que ofrece. Además, nuestra identidad bautismal con Cristo indica que también nosotros somos víctima y sacerdote; que también nosotros estamos llamados a entregarnos por el bien común. La Eucaristía cuesta. Pero es mucho lo que se gana. El sacrificio de sí mismo en unión con la muerte de Jesús en la cruz es prenda de participación en la vida divina de la resurrección.

La proclamación del evangelio es un anuncio profético; la "Buena Noticia" nos desafía a asumir la vida y el ministerio de Jesús hasta el punto de compartir su cruz y su muerte. La paradoja del evangelio revela el sentido del compromiso bautismal: la vida pasa por la muerte.

También la paradoja de la oración eucarística revela el sentido de nuestro compromiso bautismal: la muerte ha perdido su aguijón porque la resurrección la ha vencido.

En el misterio pascual la muerte y la resurrección se sostienen recíprocamente en una tensión creativa (dialéctica). También en la Eucaristía: la liturgia de la Palabra nos desafía a tomar la cruz y vivir el evangelio hasta la muerte; la liturgia de la Eucaristía nos invita gozosamente a compartir la

resurrección en la mesa mesiánica. Este es otro paradigma de la Eucaristía. La Eucaristía genera una tensión que mantiene unido en una integridad dinámica todo el misterio de la salvación; muriendo resucitamos a la vida eterna. Alianza, comida, memorial y sacrificio se conjugan en el único paradigma de la dialéctica muerte/resurrección... La celebración de la Eucaristía nos permite entrar en la tensión creativa del misterio de la muerte/resurrección de Cristo, por el cual llegamos a ser una manifestación perfecta de su Cuerpo, la Iglesia.

Esta tensión creativa o dialéctica de la muerte/resurrección no se limita a la celebración ritual de la Eucaristía. De hecho, la dinámica del ritual eucarístico corre pareja con la dinámica de la vida cristiana. Lo que significa que la realidad de la Eucaristía no se limita a su celebración ritual (la misa) sino que abarca la vida cristiana y la define. En otras palabras, la Eucaristía no puede significar solamente "ir a misa". No se la puede relegar a un tiempo y espacio determinados, sino que más bien atraviesa todo el tiempo y el espacio y se la recibe como la realidad de la propuesta del amor de Dios por nosotros, tan poderoso y dinámico que se identifica realmente con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo que se da y se recibe. La Eucaristía es el paradigma de la vida cristiana. Ser cristiano es vivir eucarísticamente; es decir, morir y resucitar. La acción eucarística nos transforma cada vez más en el Cuerpo de Cristo. En esto consiste nuestra identidad cristiana; esto es lo que somos. Vivir la Eucaristía es ser el cuerpo quebrantado y la sangre derramada por los demás.

Ello significa prácticamente que para comer y beber con verdadero provecho el Cuerpo y la Sangre hay que aceptar la palabra profética. Si la palabra no es una realidad vivida en nuestra vida diaria, comemos y bebemos nuestra propia condenación (1 Cor. 11, 17-34). La tensión creativa entre la Palabra y el Cuerpo y la Sangre es la dialéctica entre las realidades proféticas y mesiánicas de nuestra salvación. La Redención consiste en vivir (morir) y en volver a vivir (resucitar). Vivir la Eucaristía significa que se nos exigirá mucho: nuestra voluntad debe plegarse a la voluntad de Dios; nuestra vida tiene que cambiar para reflejar mejor la vida que vivió Jesús; nuestro ministerio tiene que ser una respuesta al Cristo que está en el otro que encontramos, rico o pobre, sano o enfermo, integrado o marginado, libre o prisionero, mujer u hombre, santo o pecador.

Vivir la Eucaristía significa vivir el evangelio en nuestra vida diaria, con todas sus exigencias y contradicciones. Ya que es identificándonos con el Jesús de los evangelios cómo manifestamos, en primer lugar, la realidad del Cuerpo en el que nos transformamos al compartir el alimento eucarístico y, en segundo término, cómo ejercemos una influencia en el mundo. En este contexto es inconcebible pensar que la vida eucarística sea algo distinto de la vida misma. La rectitud y las obras de justicia son el fruto y la medida de una vida eucarística.

Así como la Eucaristía tiene que entenderse como algo más que "el sacrificio incruento de la cruz", así la espiritualidad de la Preciosa Sangre tiene que entenderse como algo más que el derramamiento de la Preciosa Sangre de Jesús, por ricas y sugestivas que sean esas imágenes. En efecto, la espiritualidad de la Preciosa Sangre es otro paradigma de la Eucaristía. Tienen dinámicas internas paralelas. La Eucaristía es la tensión creativa entre Palabra y Alimento, entre lo profético y lo mesiánico, entre morir y resucitar, entre perder y ganar, entre hacer y ser, entre comida de alianza y memorial sacrificial. La Preciosa Sangre marca una tensión creativa entre la sangre vertida violentamente y la sangre derramada con amor, entre el vaciarse sin sentido y el llenarse generosamente, entre la muerte innoble y la vida eterna, entre el madero seco de la cruz y el árbol de la vida.

Tanto la Eucaristía como la espiritualidad de la Preciosa Sangre tienen su aspecto negativo que nosotros queremos evitar; también tienen su aspecto positivo que nosotros quisiéramos obtener pero sin aceptar la muerte. Lo cual es imposible. El único camino que conduce a la vida es la muerte.

La espiritualidad de la Preciosa Sangre nos llama a una vida liminal ("al margen"). No se trata de una reflexión poética, sino del enunciado claro de un estilo de vida exigente. No nos engañemos: no se trata de cambios espectaculares en nuestra vida. Lo que está en juego es algo más que una conmovedora "experiencia de conversión" que en realidad no es más que una semilla sembrada en la arena cuyo retoño no tarda en marchitarse. La tensión creativa de la espiritualidad de la Preciosa Sangre (y de la Eucaristía) nos plantea exigencias mayores y más duraderas: nos exige que en cualquier estado de vida o ministerio en que nos encontremos siempre optemos por hacer perfectamente la voluntad de Dios, como Jesús. Sólo haciendo la voluntad de Dios se hace presente el Reino de Dios. Sólo haciendo la voluntad de Dios se renace a una humanidad de paz y justicia. Sólo haciendo la voluntad de Dios, la semilla de la palabra profética de Dios echa raíces en tierra buena y produce retoños que alimentan y nutren.

El mandamiento nuevo de Cristo es el de amarnos unos a otros. Pero para que no convirtamos esas palabras en algo inocuo que podamos ignorar, Jesús nos dejó también los mandamientos de comer juntos y de lavarnos los pies unos a otros. El amor, el amor cristiano, supone siempre que nos entreguemos para ser colmados por Dios y que nos desgastemos en el servicio. Llenarse y desgastarse son los únicos caminos que nos llevan a las profundidades que ofrece la Eucaristía. Es también la única forma de vivir una auténtica espiritualidad de la Preciosa Sangre. Y de amar como Dios nos amó primero. Este es el don que hemos recibido. Esta es nuestra identidad. Esta es nuestra esperanza. Y nuestro desafío.

Hna. Joyce Ann Zimmerman, C.P.P.S., "A New Commandment: Eucharist as Loving, Eating and Drinking, and Serving" (Un mandamiento nuevo: la Eucaristía como amor, comida y bebida, y servicio), The Wine Cellar, febrero de 1995, pp. 5-14)